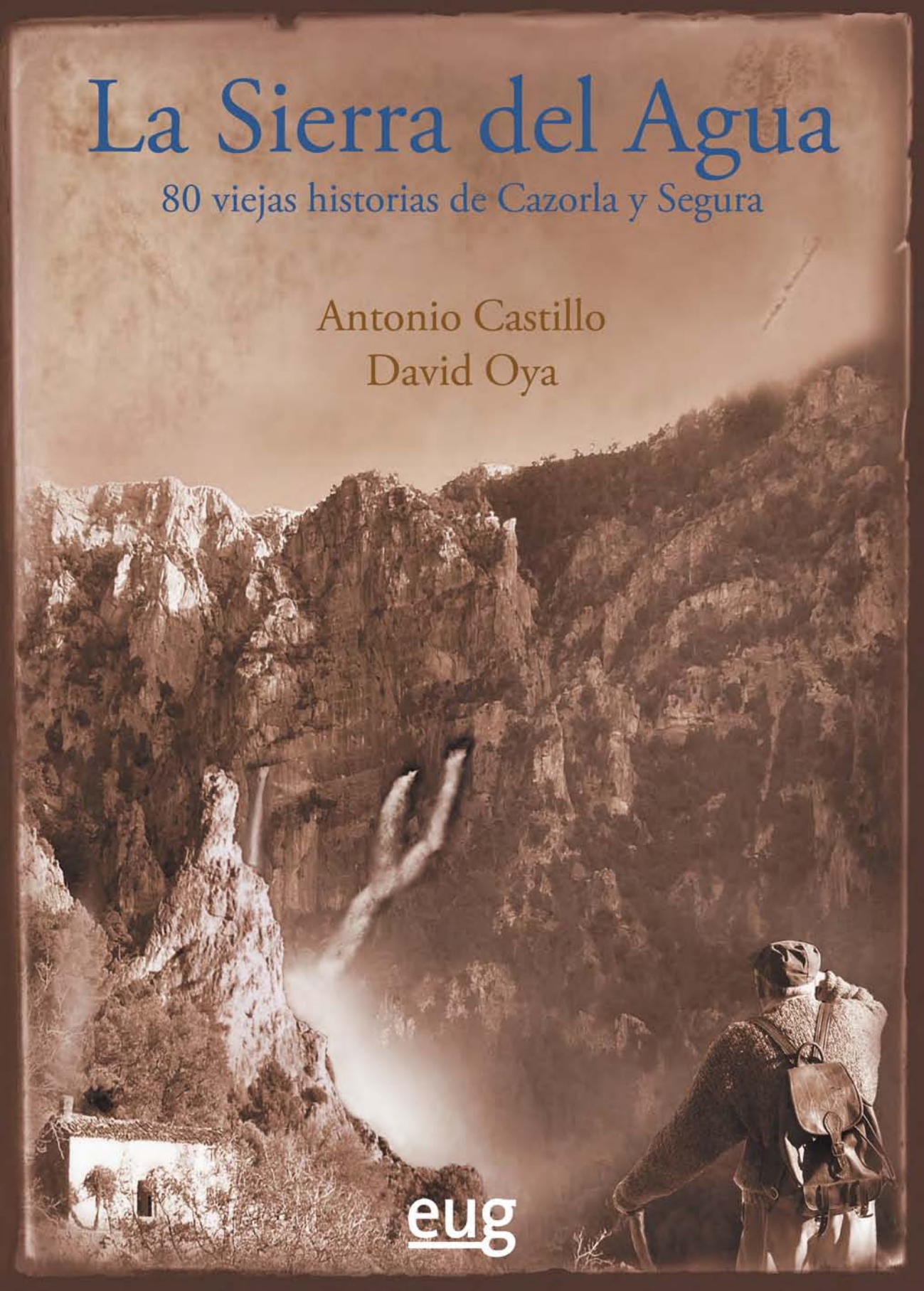


# La Sierra del Agua

80 viejas historias de Cazorla y Segura

Antonio Castillo

David Oya



eug

CASTILLO, A. (2012)

"El enigma de las fuentes nocturnas"

En: "La Sierra del Agua: 80 viejas historias de Cazorla y Segura". ISBN: 978-84-338-5415-5.

Editorial Universidad de Granada. 352-356



## 80. «El enigma de las fuentes nocturnas»

Por Antonio Castillo



«El viejo álamo, junto a la fuente de la nava» (foto procedencia José Gómez)

EL TÍO JOSÉ y la TÍA Segunda vivían con sus hijos y padres, y otras familias, en un racimo de modestas chozas de piedras y brozas, al resguardo de una muela de tajos, junto a una modesta nava. Aquella tierra trabajada, negra y honda estaba rodeada por altos y blancos riscales calizos, entre los que se alzaban esbeltos pinos. Vivían de su ganado y de lo que daba aquella tierra, tres cuartos de cereal y un cuarto de huerta, tierra que era primorosamente fecundada con el agua de tres modestas fuentes. Estas mermaban mucho en verano, ya que la nava se encontraba en lo más alto de la sierra, aunque nunca se las conoció secas. Por motivos de esa escasez de caudal, desde tiempo inmemorial los habitantes de aquellas chozas (antes cuevas) habían construido balsas terreras, en las que recogían el agua por la noche, para «quitar tapones» al venir el día, antes de que el sol se bebiera el agua de tierra y cultivos.

Allí se habían criado ellos y nacido sus dos hijos. El Tío José y la Tía Segunda eran muy creyentes, de rosario casi diario, y habían heredado de sus mayores la costumbre de dar el agua bautismal de esos manantiales a los chiquillos al poco de nacer, a la espera de la bendición del cura. Éste pasaba por allí con su borriquilla una vez al año, por el tiempo del pájaro, al que era muy aficionado. Con el bautismo casero evitaban el purgatorio en caso de fallecer las criaturas, que entonces no era raro, al tiempo que creían dar buen augurio y salud a los recién nacidos.

Pasaron los años y la Administración fue adquiriendo todas aquellas tierras para los pinos. En compensación, se los realojó en un poblado y se le dio al cabeza de familia un empleo de peón en las repoblaciones forestales, que a partir de entonces tomaron mucho auge.

Un mes de junio, muy tardíamente para el matrimonio, vino al mundo en el poblado el tercero de los hijos, una niña llamada Marta. Había transcurrido ya un par de décadas desde que abandonaron su choza. Aunque el Tío José se había jurado no volver a la nava para mantener intactos los felices recuerdos de su vida, hizo de tripas corazón y decidió saltarse la promesa con el superior fin de ir en busca del agua de pila de su nueva hija, si bien ahora disponía de cura párroco junto a su domicilio.

Por fin, a mediados del julio se arrancó. Como la nava cogía muy retirada, ideó aprovechar algo más el viaje. Imaginaba que las junqueras y humedales que se formaban en el centro de la hondonada seguirían siendo muy querenciosas para los jabalíes en tiempo de calor. Así pues, una vez que cargó la luna, con el sol de tarde muy alto aún, metió su vieja escopeta en un macuto y se encaminó a su destino. Llegó con las sombras muy alargadas. Su estupor fue mayúsculo al comprobar que su fuente preferida, la de más firme caudal, estaba seca, si bien notó cierta humedad en la poceta. Pero peor aún fue comprobar que la techumbre de las chozas había cedido al peso de las nieves y arrastrado parte de los muros, y que la nava, antaño desnuda, fértil y lisa como la palma de la mano, estaba ahora salpicada por espinos y apretadas pinadas. Aún había algo más que sobrecogía su alma, pero no acertaba a adivinar que era, hasta que cayó en la cuenta. Un extraño silencio lo envolvía todo. A esas horas del crepúsculo, ya no se oían las esquilas del ganado al recogerse, ni los ladridos de los perros, ni el alegre griterío de los zagales en sus juegos a las puertas de las chozas, antes de ser llamados por las madres a la cena. Afinando el oído, solo percibía el siseo de las hojas del viejo álamo de la fuente al ser mecidas por el aire. Al fin, un sonido familiar.

Con sus recuerdos mancillados, como se temió desde el principio, y el ánimo por los suelos, se encaminó de forma mecánica al aguardo. Parecía que también los jabalíes habían huido del lugar. Apenas unas bañas secas entre las junqueras y unos pequeños ruedos de hozaduras de las últimas lluvias primaverales en mitad de la llanada. Buscó su apostadero y lió un cigarro. La luna se alzaba ya redonda por levante dando tonalidades lechosas a los acantilados calizos, mientras que la nava permanecía aún misteriosa y sumida en sombras. Le entró alegría al oír al *Gran Duque*, seguramente un descendiente de aquellos que amenizaban las noches veraniegas, cuando vivía allí con su familia.

No oyó el más mínimo rumor de reses al rozarse con el monte, y no quiso tampoco esperar demasiado. Así pues, se levantó y dudó por un instante si dirigirse hacia la fuente o coger nava abajo para atajar el camino. En el último momento, el instinto lo empujó mecánicamente

hacia la fuente. Allí, bajo el álamo amigo, se sentó en uno de los mojones levantados por el arado a liar el último cigarro. Sin ser consciente de su decisión, seguramente había querido despedirse, esta vez para siempre, del pedazo de tierra que lo vio nacer y de aquel árbol de su niñez.

La nava aparecía ahora espléndida, bañada por la luz siempre sugerente de la luna llena. En esas contemplaciones, le pareció sentir un goteo. De un salto se abalanzó sobre el caño de la fuente. Un *pelofrío* (como el de los lobos) le recorrió el espinazo. ¡No podía ser! Por la boca del caño manaba un hilillo de agua. Levantó la mirada al cielo y dio gracias al Creador por haberle concedido aquel milagro, un agua ahora más bendita que nunca para su hija recién nacida. Sacó del macuto la botellita y esperó, completamente feliz, a que se llenara lo suficiente.

El camino de regreso lo hizo como flotando, empujado por una inexplicable fuerza, felicidad y paz interior. Estaba convencido que el agua que guardaba, como oro en paño, era un presagio, una señal inequívoca de salud para su hija, una intercesión divina a su profunda fe.

Afortunadamente, nadie le contó a ese buen hombre que ese fenómeno, «el enigma de las fuentes nocturnas», tenía una explicación bien mundana. Las aguas someras de aquella antigua nava eran ahora captadas durante el día por el monte y los pinos que crecían por todos sitios, hasta agotar completamente el flujo. Sin embargo, al llegar la noche, la fotosíntesis se interrumpía, las plantas dejaban de transpirar y el agua volvía a circular lentamente hacia la fuente.

¿Pero cómo explicar que aquél hombre hubiera previsto hacer un aguardo a los jabalíes, dando tiempo al goteo de la fuente? ¿O por qué tuvo ese último impulso de no atajar el camino y pasar de largo? ¿O por qué decidió liar allí un último cigarro bajo el viejo álamo, hasta dar la oportunidad a su oído a captar el levísimo rumor del agua?

Quizás en todas aquellas extrañas decisiones, necesarias y encadenadas, si estuvo la mano de Dios para aquel serrano bueno y creyente.

*Para Andrés, Teresa y Marta, el futuro*

